



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12221

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Sexta parte—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde el 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 6 DE DICIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El cuadro de siempre

Cada vez que suena la palabra crisis, acude a nuestro pensamiento la cuestión de siempre, la ley de empleados, esa ley reclamada en todo tiempo y que produciría beneficiosos frutos para la nación y para que bien la sirviera.

Si la hubiera, si cualquiera de los partidos tirantes en el mando se atreviera a formarla, la palabra crisis no tendría las consecuencias gravísimas que tiene. Afectaría a la parcialidad política y a sus representantes en las altas esferas, pero no a los que giran y se mueven en las esferas inferiores sobre los cuales cae hoy la crisis como terrible y destructora plaga.

Apenas suena la tal palabra en las alturas, se estremece de horror un ejército de empleados. Los más seguros tiemblan al pensar que una genialidad del nuevo jefe puede condenarlos a morir de hambre. Los que entraron en las oficinas del Estado por la influencia del diputado ó del cacique, saben que el destino que desempeñan les durará lo que tarde el cacique triunfante en necesitar un hueco para colocar un protegido.

Esta es la situación. Desde que se extendió la noticia de que el señor Sagasta había presentado al Rey la dimisión del Gabinete, unido la alarma por las dependencias del Estado, y ante el fantasma de la cesantía no hay empleado que conserve la serenidad.

Reproduciese hoy el cuadro de todas las crisis políticas, cuadro verdadero de horror en el que aparecen esperando ser sacrificados numerosos y modestos servidores que no tienen la culpa de las desatenciones de los consejeros responsables con los diputados de la mayoría ni de las torpezas de tal o cual ministro, eugendadores de la crisis.

Ellos hicieron el trabajo y se les señaló a cambio de un sueldo, nunca grande aunque religiosamente pagado, y no obstante cumplir su deber a conciencia, se ven remunerados con la horrible amenaza de que dentro de tres ó cuatro días—quizá mañana mismo—sus hijos y sus mujeres se morirán de hambre.

Por humanidad siquiera debía cortarse de raíz esa desolación que acompaña a las crisis políticas. ¿Qué tienen que ver con ellas los pobres empleados? ¿Ni qué tienen que ver con ellas sus hijos y mujeres condenados a sufrir el oleaje político y a naufragar en él?

Hace falta una ley de empleados. Lo pide la justicia y lo pide también la misma administración que necesita que los servidores del Estado estén siempre libres de las desesparaciones que producen las crisis. Para dedicarse con entera conciencia y serenidad a su labor.

Siempre que surge una crisis nos ocupamos de este asunto, por desgracia con poca fortuna.

¡Si fuese ésta la última vez!

TUERRETAZOS

Creyendo posible una pequeña guerra con Colombia, el «Times» de Nueva York se dedica a echar cálculos acerca de lo que costaría esa pequeña guerra.

Y lo hace por una bicoica.

Cincuenta millones de duros para conquistar una taja de seis millas y ocho millones anuales de la misma moneda para atender a su ocupación.

No te fíes.

Con doscientos cuarenta millones de duros comenzamos nosotros la guerra de Cuba y los gastamos al primer envite.

Después... salimos empeñados y haciendo la cruz.

En eso de las guerras suelen fallar los cálculos.

Lo mejor es no meterse en líos.

Un alemán ha legado al emperador de su país toda su fortuna.

Poca cosa: setenta y cinco mil libras en inmuebles y ciento cincuenta mil en numerario, ó sean siete millones y medio de pesetas muy largas de tallo.

¿Qué argumento harán de ese acto generoso los socialistas del Congreso de Berlín?

La verdad es que a quien menos falta le hacía esa fortuna era al emperador de Alemania.

No solamente en España está el gobierno en crisis.

Lo está también el gobierno de Grecia.

El domingo último hubo en dicha nación elecciones y las perdió el gobierno.

¡...!

Aquí no hay porcal de ese color.

Es más, si el gobierno se empeñara en perder unas elecciones en las urnas, no lo lograría. Tal es la costumbre.

Ahora, en el Congreso es otra cosa.

De vez en cuando le dan un mesazo y cambia la decoración.

LA PURÍSIMA CONCEPCION DE MARIA

La Iglesia Católica celebrará el próximo lunes la gran fiesta de la Virgen inmaculada.

De Sevilla partió el gran movimiento por la causa de la Concepción de María, que cundió por España entera en el siglo XVII, y consiguió por medio de nuestros piadosos monarcas las bulas de Paulo V, Gregorio XV y Alejandro VII, que fueron tres grandes pasos para la defensa del dogma.

España influyó notablemente en el movimiento concepcionista del tiempo de Gregorio XVI, movimiento que acabó de

completar el triunfo en el Pontificado de Pío IX.

El venidero año de 1904, es uno de esos años que el mundo católico, y en especial España, espera y ve venir de lejos, como a estrella que derrama gratísimos fulgores de recuerdos y de esperanzas: el 8 de Diciembre de 1904 es el quincuagésimo aniversario de aquel dichoso día, tan esperado de los sagrados siglos y tan celebrado del nuestro, tan solicitado por nuestros reyes, tan anhelado por nuestros santos teólogos, tan cantado por nuestros poetas; del 8 de Diciembre de 1854, cuando el gran Pío IX presentó al mundo cristiano la imagen de María, ceñida con la más brillante de sus coronas, al definir como dogma de fé, que fué concebida sin mancha de pecado original.

Ya se agita la idea de celebrar ese año un Congreso Mariano Universal en Zaragoza, cuna de la fé para toda la raza española, donde está el más antiguo templo y la más antigua imagen de María.

Des años faltan... ¿quién sabe si dentro de dos años esa idea se realiza y España comienza a renacer?

CURIOSIDADES

ALFILERES

Durante el año 1900 se fabricaron en los Estados Unidos 89.000.000 de gruesos de alfileres, de los que se usaron en el país 66 millones, que son 9.500.000.000 de alfileres, á 144 la gruesa.

Es decir, que se gastaron en los Estados Unidos á razón de 125 por habitante.

Pronto se gastará á gruesa por próximo según el consumo aumenta.

Hace diez años era de media gruesa por cabeza.

En 1880 había 40 fábricas, con 1.077 obreros, y producían como la mitad que 43 fábricas y 2.363 obreros en 1900.

LA CULTURA YANKEE

Por el asesinato cometido en las personas de dos blancos, fueron arrestados cuatro negros en Darling (Missisipi).

Uno de los presos se reconoció culpable del crimen y exculpó á los otros tres, pero acusó á dos blancos de participación.

Ha pocos días se reunió en Darling una multitud de 4.000 personas de todos sexos, colores y categorías.

El criminal confesó, que se llamaba Anderson, fué quemado á fuego lento en la plaza pública, previo reparto de sus vestidos, que le turba rompió en pequeños pedacitos y se llevó como recuerdo.

Los supuestos cómplices blancos fueron presos y se hablaba de lyncharlos.

Esto es la civilización americana tan careada.

CASAMIENTO AMERICANO

Un riquísimo comerciante en plumas, de Nueva York Mr. Peter Martin, se ha casado de una manera tan rápida como extravagante.

Siñtiéndose un día con ganas de casarse, escribió á Mr. John Niles, modisto, con quien tenía relaciones comerciales, una carta así concebida:

«He sido nuestro proveedor durante diez años. Deseo ser vuestro cliente hoy. Dignaos facilitarme una joven morena y hermosa con quien casarme.

Pasaré por ahí mañana.

Cuando John Niles leyó esta carta á los centenares de obreros que trabajaban en su casa, hubo una verdadera revolución en los talleres, porque Peter Martin era gaapo y millonario.

El comerciante en plumas, fué como había prometido, á casa de Niles, y en cinco minutos miró á todas las morenas y elegió una, que se llevó en su carruaje y con quien se casó un cuarto de hora después.

ORIGINALES Y VIBROS

En la estación del ferrocarril Unión de Richmond, Virginia, se ha puesto el siguiente aviso, según dice un periódico de Nueva York:

«Se ruega á las señoras, se abstengan de fumar en los salones de esta estación. Los tapices son demasiado caros y las fumadoras demasiado inconsecuentes y desprecupadas.»

LA PRIMERA PESETA

En su último número, «Pluma y Lápiz» ofrece á sus lectores un autógrafo del ilus-

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

llos estaban mudas; ni un gato pasaba. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros, de Destuches, de nuestro proyecto, con solo que hubiésemos encontrado una patrulla? Sabíamos de sobra lo que habría sucedido en ese caso, pero no teníamos libertad de elección; precisaba exponerse y jugar el todo por el todo, ó no había remedio: Destuches sería gallotinado al otro día. Felizmente, no encontramos al la sombra de una patrulla en aquella ciudad dormida como una muerta. Algún que otro farol, á grandes distancias entre sí, temblaba á merced del viento en la esquina de una calle, colgados de un largo poste negro con un brazo perpendicular, á manera de una T no concluida, tenían la facha de horcas. Todo eso era lúgubre, pero poco espantoso. Seguimos una calle, luego otra. Siempre el mismo silencio y la misma soledad. La luna que se enturbiaba más cada vez, se reflejaba un poco todavía en las vidrieras de las ventanas, tras las que no se veía siquiera ni el resplandor de una lamparilla mortecina. Apagábase el ruido de nuestras pisadas al andar.

El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las mejores impresiones de esa entrada nocturna en Contances á aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se descomponía, porque puede abrirse de repente. El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las mejores impresiones de esa entrada nocturna en Contances á aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se descomponía, porque puede abrirse de repente. El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las mejores impresiones de esa entrada nocturna en Contances á aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se descomponía, porque puede abrirse de repente.

ciudad sepultada en sus casas como en las otras tantas tumbas—que desde la ventana de un piso alto veía á la luz de la luna una jofaina con precaución y misterio, y con tal lentitud, que las gotas líquidas que vertía habrían tenido tiempo de cristalizarse antes de caer al suelo, si huicase hecho un poco más de frío. Acompañaba el acto de la advertencia caritativa: «¡Agua! val agua! val!» pronunciaba con voz temblona, que apagaba lo posible para no despertar á nadie, revelando lo oscurecida y timorata que era. Á cada gota que caía ó no caía, repetía con el mismo tono débil su monótono «¡Agua! val...» Nos colocamos en la hilera pegados á la pared frontiza, temiendo que nos viese... Pero, demasiado ocupada para eso, continuó dando suelta á su manifiesto eterno, sin dejar de pronunciar su «¡Agua! val!»

«No dejaría de asombrarse si le rompíésemos la jofaina con bala al ras de la mano.—dijo Cantilly, gran tirador de pistola, que colaba á lo alto un par de granates y los atravesaba de un balazo de que vol viese á caer.

«Nos reímos y pasamos adelante, olvidando á la vieja al volver la esquina de la calle y encontrarnos de manos á boca con la guillotina, que se alzaba erguida y amenazadora ante nosotros esperando su víctima... ¡Barbotada fúbre! Era la plaza de las ejecuciones. No debía estar lejos la prisión. Bajamos como